

CARLOS EDUARDO PINTO

TRUJILLO

DES-
DE EL 
SILENCIO

colección san borondón



CARLOS EDUARDO PINTO TRUJILLO

Querido Carlos Eduardo:

Es preciso decir primeramente que eres el único poeta amigo al que he visto nacer. Te he mirado crecer, empezar a hablar y a escribir, te he contemplado y te he juzgado. Pero de pronto —¿son 18 años acaso demasiado?— he aquí que este entrañable amigo, hijo, me habla, me escribe, me contempla y me juzga.

Nunca he sabido leer profesoralmente la poesía; juzgar la tuya ahora sería como enjuiciar el crecimiento de una espiga.

Tu apellido en Canarias nombra una dinastía de poetas. Y no por mimetismo familiar, sino por destino. La amistad y la poesía se han hospedado siempre en tu casa, constantes esenciales entre muy variados quehaceres. Incontenible surgió la poesía desde los legajos de tu abuelo Pedro; brotó más tarde sobre los diagnósticos clínicos de tu padre, y ahora aparece contigo, entre silogismos y latines. Y es que, como decía Ramón de Garcíasol hablando de tu padre, los poetas nos hemos de ganar en ajenos oficios nuestro derecho al canto. Desde el silencio declara ya en el título su condición de voz primera. Airosa y noblemente has roto tu silencio con este inicial canto a muchas cosas de tu universo adolescente. Reseñar un primer libro es como adivinar, porque un buen libro primero no es nada si no señala un futuro. Cantas hoy tu circunstancia sin rubor, sin imperativos modales, con naturalidad. Tuteando a las cosas en la soledad, tratas de comprender el mundo recién hallado. No estás aún en el mundo, sino ante el mundo.

Como corresponde a tu momento, la realidad, un tanto en cuarentena, te alcanza poco a poco.

paso a paso veo al mundo,
caminando cabizbajo...

Trajin incomprensible que miras recelosamente, ensimismado. En cuanto a los demás hombres:

...no creo en ellos.
Me encerraré en mis libros.



colección san borondón

Dirigida por Manuel Hernández Suárez

DESDE EL SILENCIO

El Museo Canario
Incorporado al C. S. I. C.
Doctor Chil, 33
Las Palmas de Gran Canaria

Reservados todos los derechos.
Copyright by Carlos Eduardo Pinto Trujillo, 1967

Depósito Legal G. C., 759-1967

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

CARLOS EDUARDO PINTO
TRUJILLO DES-
DE EL 
SILENCIO

colección san borondón

A mis padres

Desde el silencio mío a tu silencio

JORGE GUILLÉN

Las aulas

A Pedro Lezcano

LAS AULAS

LARGOS pasillos de madera
rodean el claustro
y las temidas puertas
guardadoras de tantas esperanzas
o de tantos temores.

Murmullos constantes
y ansiados timbres
que siempre suenan tarde,
o a tiempo,
o, tal vez, pronto.

Las aulas.
Las claras aulas.
Las oscuras aulas, para tantos.

Y caras.
Conocidas caras
que se mueven en las galerías,
que bajan y suben escaleras
y rien, hablan, discuten...

Brasas de inocente calor
que solamente esperan

una pequeña llama
para crecer y devorarlo todo.

Adolescentes recuerdos de estudiante.
Algún secreto amor se encuentra en ellos.

AULA DE GRIEGO

A Eduardo Falcón.

PRIMERO fuiste desconocida
misteriosa y ansiada,
por lo que quizá dijeras
o de ti quisieran comprender.
En ti buscaron algo
capaz de dar solución a los males
que los envolvían.
Llegaste a ser un maravilloso devenir.
Y una sorprendente ansia de entendimiento
nos embargó en tu gran aventura.
Tus cortas y deslizantes alfas,
significativamente rojas,
las celestiales epsilóns,
de un azul puro imaginadas
y las negras omegas,
oscuras cerraduras del tiempo,
grises arcos de triunfo
que nos hablan de sofos
y de perennes glorias, ya en olvido.
Todos son armoniosos sueños
e inteligentes signos
de una sonoridad deslumbrante,
un delicioso paladear
de líquidas vocales,

de sordas y recortadas consonantes
guturalmente fónicas.
Has sido música del hombre desde siempre.
El tiempo no ha llegado a comprender.
Te estudian
con el sólo fin de hacer
absurdos tecnicismos
y no entienden tu amor.
Regresarás.
Las lenguas se secarán
de pronunciar los duros y rebuscados idiomas
y volverán a ti
con una sed mortal de acordes.
Y aquella música de las esferas
que te envolvía,
se dejará oír
entre las constelaciones de tus letras
que nombran el espacio.
Serás el último sonido.
Dirás la última palabra.

AULA DE MÚSICA

Lenguaje.

Lenguaje primero.

Lenguaje último.

Voz.

Voz.

Voz eterna del mundo
y de los mundos.

El jugar de los cuerpos
es tu espuma.

Elemental ansiado,
en ella te crearon.

Vida pura
de retorcidas formas,
creadoras de ambientes.
Subyugadora de inteligencias
en continuos compases,
en rítmicas ideas.

Éxtasis sorprendente de armonías.

Grandiosa siempre
en sencillez eterna.

Forma de ser de un pueblo
y otros pueblos.

Silencio en el principio.
Nada en todo
final de tu existencia.

El simple deleitar
que para el hombre fuiste
se ha olvidado.
Meditación.
Pura meditación de tus sonidos
mensajeros de un extensible todo
apenas apreciable.

El tiempo
multiplicó tus formas
y seguirán naciendo las ideas.
Aún sin espuma,
que poco a poco acaba,
no morirás.

Tu principio es eterno.

AULA DE BIOLOGÍA

FÓRMULAS de complicados mecanismos
se derrumban y en polvo se transforman.
Otra vez, los científicos signos
se señalan por una mano experta
y un escondido misterio, hasta entonces perdido,
hasta entonces buscado, se esclarece.

La ciencia
se adentra en esa gris sustancia
y la moldea.

Microscópicos ejércitos,
acechadores a cualquier circunstancia de descuido.
Las gelatinosas amebas
con sus alucinantes pseudopodos
apresadores de inermes elementos.
Millones de infusorios, de bacterias y virus
te circundan.

En constantes mitosis
se multiplican todas las estructuras
y el principio y el fin
no conocen el tiempo.

Entre brillantes enredaderas de cristal,

donde multicolores líquidos circulan torpemente,
entre los largos tubos
y las transparentes esferas
de gigantescas dimensiones,
quieres hacer la vida.

Has enseñado a los que a ti se acogen
un mundo nuevo, construido de incitantes formas
y les has dirigido hacia su centro.

Los llevarás a ese estado platónico
que ahora todos ansían,
a ese mundo feliz de paz constante.

LAS OTRAS AULAS

CUÁNTAS aulas nos faltan,
cuánto falta enseñar de nuestra vida.

Nacemos un momento.
Creamos algo nuevo (somos nuevos)
y acabamos.

En este largo instante,
que en el tiempo transcurre,
seguimos nuestra ruta.

Extendido nos mira el horizonte.
(¡Qué aburrida constancia es esa vida!)
Se me pierde en la noche.

Cuántas aulas nos faltan,
cuánto saber no pasa
por manos que lo piden.

El tiempo, la mañana,
el alba que cercana se nos abre,
que se cruza despacio, día a día,
con nuestros tristes cuerpos
y nunca los saluda.
Ni un gesto, ni un recuerdo.

Aula de tiempo.
Aula del alba.
Aulas de la mañana y de la tarde,
de la tierra y el aire.
Aulas que no vivís
más que en mis sueños,
enseñad a los hombres el destino.

Facultad de la nada.
Rector de las ideas
y decano del tiempo.
Claustro de profesores.
Y una universidad desde el olvido.

AULA CERRADA

ATARDECE.

Sombras de enclaustradas formas
se extienden,
van invadiendo el patio
hasta fundirse en nada.

El silencio
nace todos los días de las últimas voces
y los últimos pasos.
Las puertas de las aulas
se cierran.
Algún hilo de luz se ha olvidado
contemplando los bancos,
recorriendo los nombres.

Un apagado murmullo de pájaros
se deja oír.
Al caer de unos pasos
se lamenta la tea en los pasillos.

Es tarde para todo
y para nada.
Sueños de soledades y tristezas,
escenas sin sentido.
Pensar en lo pasado

sólo es perder el tiempo.
Y meditar la vida
trabajo de una raza
separada del resto de los hombres.

El tiempo va trazando paréntesis
a medida que pasa.
Algunos ni se leen.
Otros, como el de ahora,
en alguien viven siempre.

Las pisadas de nuevo se oyen, lejanas.
Se han cerrado mis puertas.

DIGO DONDE QUIERO ESTAR

ATENTO, con los ojos fijos en la idea,
mirando las palabras, tocándolas.
Besando los sonidos que se comprenden
y que se admiten.
Seguir mirando, viendo,
oyendo los sonidos de la voz del maestro,
oir nombrar los textos y recordar ideas.
Casi ver nuestros bocas
reflejadas en todas las palabras
y nuestros ojos, envueltos
por una voz humana,
aparentar el éxtasis.
De pronto un ajeno sonido
regresa nuestras mentes.
Levantarnos despacio y salir de las aulas.
Luego, caminar lentamente
entre las columnas del claustro,
por ese sol que se atardece mudo,
dejando en las hojas su mirada.
Atravesar el gran portón de tea. Salir.
Ver la luz llover sobre las piedras
de aquel viejo instituto.

Cruzar la verja que encierra mi tristeza

y entrar hacia las gentes,
mezclarme con las gentes
y cruzar las calzadas y subir las aceras.
Caminar despacio entre las caras que nos empujan,
que no se reconocen,
y mirar hacia el ruido incomprensible,
tan ajeno al brotar de las palabras
que me dijeran algo.
Sólo siento ruidos
y gestos. Miradas
que me sepultan poco a poco, que ciegan las ideas.

Quiero regresar,
quiero estar de nuevo entre las venerables paredes,
en aquella biblioteca y palpar sus libros,
pasar sus hojas; sus letras. Ir viendo letras,
ir viendo algo para lo que algo ha servido
y mirar a través de las ventanas,
defendido del tiempo.
Ver ir al sol, nacer cada mañana.

Sé que estoy en la vida, en mi vida,
en una vida que han cambiado,
que han vuelto, que han deshecho.
No creo en ellos.
Me enterraré en mis libros.
Ellos me dicen más, hablan conmigo,
responden mis preguntas.
Son hombres impregnados
por el tiempo.
Desde las torres que las verdades forman
miro a las gentes.

Meditaciones

*Que cada uno escoja un solo domicilio, su morada
infinita y antigua, un orden, una alegría, un deseo,
una maldición, un peso, una medida...*

WILLIAM BLAKE

¡Oh derrochado presente...!

JORGE GUILLÉN

...which is always present.

T. S. ELIOT

APENAS un instante
y te pierdes en toda la existencia
que pasa, que nunca se detiene.
Presente,
infinito presente de los muertos
que miras a los hombres
pisar desde tu paso
un momento
y dejarte olvidado.
Quizá desde algún libro
mires otros presentes,
añorados instantes en que viviste humano.
El calor del recuerdo
despertará tu tiempo
y te derramarás todo presente,
fluido instante pasajero un día,
alegría o tristeza.
Confundido en el aire
respirarán los hombres, ¡oh infinito presente!
siempre presente.

NO sé si un día, al abrir un libro,
sentí, dentro de mí, cerrarse la portada
de otro libro más grande.
Fue como si un gran golpe
sonara en mis entrañas
y ascendiera gritando cuerpo arriba.
Luego, ya sosegado,
volví a caer sobre mi libro abierto
y olvidé aquel dolor.

He vuelto al caso
y me paso las noches meditando
qué puede haber abierto
dentro de cada hombre.
Algún órgano nuevo tal vez desconocido,
alguna enfermedad insospechada.
Quizá latió mi corazón más fuerte.
No encuentro la respuesta.
He consultado libros,
he visitado doctos hombres de ciencia
y nadie me responde.
Yo sé que algo se cierra dentro de cada cuerpo.
Yo sé que una mañana,
después de haber pasado por nuestro viejo libro
se cierran las portadas.

Y no es que acabe, porque las hojas siguen,
pero ya están vacías.
Hemos dejado el fin en otra parte.
Hay algo que se cierra
y que deja a los hombres en la muerte.
Ayer pude encontrarlo.
Dentro de mí, justo en lo más profundo
se cerró la esperanza.

LEVANTARSE puntual cada mañana.
Salir para el trabajo.
Pasar por una calle. Decir adiós.
Ver caras nuevas.
Regresar del trabajo.
Dormir un rato.
Volver a levantarse, a salir,
a lo mismo.
Caminar como siempre
hasta que acabe el día.
Y luego la esperanza de mañana
igual que hoy, pero quizá distinto.
Un nuevo amanecer y un nuevo atardecer.
Abrir un libro
en un momento libre, que se pasa.
Llenarse más el cuerpo.
Tratar de no olvidar.
Seguir en el destino
sabiendo para qué y eso es lo malo.
Que no nos diga nadie,
que no nos hable nadie del camino más recto.
Ser uno más de aquellos que caminan.
Triste es sentir que paso,
que cotidianamente me termino.

CARA a cara, espejo frente a frente,
no sé quien es la imagen
y quien soy yo.
Alguno puede irse, vivir, reconocerse;
otro, como es imagen,
se doblará en la esquina del espejo
para pasar al aire
y allí se encontrará, solo, en su mundo.
Me pregunto si no soy yo la imagen,
si todos los que veo, hombres, mujeres, niños,
no son imágenes perdidas
dobladas en la esquina de un espejo
que no ocupa el aire.

Tal vez, ese asomarme
y verme entero, ese sentirme frío,
sea el oficio de mi vida.
Engañar al que mira
haciéndole creer que soy su cuerpo,
y él
quizá piense en su imagen
y crea que es imagen de otro mundo,
mejor que el suyo,
más lleno de la paz que tanto busca.

Veo sus ojos.
¡Quién viviera en su mundo!
En un mundo de paz, libre y sencillo.
Un mundo nuevo
al otro lado del espejo.

NO puedo abrir las manos
para pedir la paz.
Las tengo abiertas, hacia el cielo,
mendigando un pedazo, más ambiciosamente,
toda la paz del mundo.
¿Por qué he nacido hombre, Dios?
¿Por qué no he de tener sino dos manos
para pedir justicia?
¿Por qué no me extendiste como el tiempo?
¿Por qué no hiciste florecer mis manos
para poder guardar la escarcha limpia?
¿Por qué no abriste las alas de mis brazos,
como el halcón gigante, o como el buho?
¿Por qué, dime,
no hiciste de mi barro un cántaro infinito
y me dejaste en este inútil cuerpo
tan igual a los hombres?
Haz de tu barro cántaros inmensos
que no dejen perderse gota alguna,
que mendiguen amor, Dios de la esencia.

ESTOY en paz conmigo y con los hombres.
Tengo el amor a flor de labios
y se me va en palabras casi vanas.
La justicia no deja de llamarme
puro entre los puros.
Contesto con la voz pausada y triste
de un antiguo ermitaño.
Hacen ecos mis signos
y de mis venerables barbas
gota a gota se derrama el tiempo.
Soy justo
y no ha pasado falso testimonio por mis manos.
Sólo admito el amor entre los hombres
y la bondad más limpia.
Detesto la ambición y la codicia.
Ya saben como soy
y si me aceptan, deben llamarme dios.

A mis hermanos, Eduardo y
Francisco María, que se fue-
ron apenas llegar.

EN el principio estáis,
paz en el tiempo.
Desde el principio veis
pasar la vida.
Ocultos en las horas,
abiertamente humanos un instante.
Y sin quedar recuerdo, sin sentir el camino,
pasásteis al olvido.

Desde el tiempo miráis allá en el tiempo
cómo pasan los hombres
y guardando en las manos,
en las pequeñas manos que no dijeron nada,
el silencio.

Siempre pasar, pasar es lo primero.
El final del camino apenas nos importa.

Del recuerdo nacer en el recuerdo.
No estáis en mí, estoy en vuestros cuerpos.
Tan tristes. Olvidados. Y en el tiempo...

QUIERO hablar de los muertos
y de los que sin morir siguen viviendo
esa muerte constante.
Quiero hablar de los hombres
y de los que se dicen hombres
aún sin llegar a serlo.
Quiero hablar de las cosas
que se nos muestran limpias, inéditas,
puras en el principio.
Quiero hablar de los dioses, de Dios,
de lo que está tan cerca y que no vemos,
de lo que está tan lejos.
Quiero hablar de la lluvia,
del agua, de los pájaros,
del árbol y del fruto.
Quiero hablar de las gentes,
del olor de las cosas,
de todo lo que vivo, de todo lo que pienso.
Quiero hablar de la sangre,
del llanto y de los pueblos.
Quiero hablar de la paz,
del amor y del odio.
Hablar del mundo y para el mundo,
del hombre y para el hombre.

Hablar de todo con palabras sanas,
con palabras humildes, pero limpias.
Hablar, decir, gritar, que no estoy mudo,
que no estoy sordo, que no estoy olvidado.
Oigo, recuerdo y digo las verdades
sencillamente abiertas.
Quiero decir también que no me escuchan.

LO que quisiera hacer sería morirme,
crecer más grande bajo tierra,
alzar los muros y levantar las lápidas.
Que me oyeran después de haberme muerto,
no desde los papeles que escribía,
ni desde las ideas,
sino como testigo, como muerto tan sólo
de tanta soledad que me rodea.
Quisiera levantarme y decir que soy libre,
que no hay batallas debajo de las piedras,
ni prisiones.
Todo lo abarca el cuerpo,
el amor llena todo.
Profundamente hundido
oigo pisar más fuerte las botas del injusto,
aunque viva en el aire,
aunque recorra el mar o se arrastre en la tierra.
Duro, perenne y sordo
pisa sobre los justos lo inhumano,
y él es la paz, y dice que es la vida.
Hombres de todo el mundo:
¿Qué paz puede encontrarse en el engaño?
¿Qué paz puede vivir

frente al dragón que siempre acecha?
Sigo oyendo los gritos de justicia.
Los muertos no descansan.

LAS inútiles bestias que poblaron
nuestro tiempo pasado.
Los hombres que se hicieron hombres
desde que levantaron la cabeza
y sonrieron nuevos
por lo que ante ellos sucedía.
Las arrugas del ceño,
surcos que los arados del pensar
han dejado olvidados.
Las venerables calvas
que cubrieron las hojas de un laurel,
símbolo de la gloria y la pureza.
Y las palabras libres de los hombres
sembradas sobre el foro,
años atrás caídas sobre el ágora.
Los libros nos dicen que así fue,
que fue en la sabia Grecia, la docta,
la unánime nación,
donde primero se arrugaron los ceños,
donde primero unos hombres
dieron con la mayor razón del mundo:
Pensar.
Fue entonces (no lo dicen los libros)
cuando los ojos aprendieron a hablar,

cuando hablaron las nubes y
el viento con los árboles.
Sí. Las nubes
con la lluvia hablando,
las piedras sólo oyendo.
Y el viento, el viento con los árboles,
aquel viento que pasó sobre Atenas
y que arrastró palabras de los labios
vivos de un pensador que hablaba.
Ahora las va diciendo en la arboleda.
Allá esperan los árboles
las palabras del hombre,
allá las dice el viento
y las comprende el bosque.
Allá, más lejos todavía,
pasando las montañas,
las escucha un árbol solitario
comprendiéndolas más, cuanto más pasan.
Los libros no lo dicen,
no señalan siquiera la esperanza
que nacía en los árboles
cuando las palabras «bien» e «inteligencia»
llegaban a sus hojas.
Alguien dijo:
Llegará un día en que descenderé sobre las bestias
y señalaré a una,
y esa especie será principio de principios.
Se agitará la tierra
y el viento llevará la buena nueva
a través de los mares. Ya nació.
El hombre piensa.
Allí el prometido,
cubierta la calva por laureles, meditando.
En el ceño profundo hablaban los ojos.

Dicen que nació en Grecia la esperanza.
Cayó el laurel sobre las frentes de los árboles,
cubriendo
las tristes y sedientas ramas.
Sólo preguntas habitan las frentes
en las agotadoras madrugadas
cuando pensar es sólo un sueño.

A Teresa Rial.

AVERGONZADO estoy viviendo el mundo,
la soledad del mundo.
Amiga, alegre compañera
de mi juventud, fugaz adolescencia,
en ti está la esperanza de la amistad.
Desconocida fue para nosotros
toda la hazaña de nuestro nacimiento.
Alejados. Desconocidos fuimos
en el principio y ni el uno ni el otro
pensó jamás en un encuentro.
Tu existencia, una entre los millones que han nacido,
fue soñada.
El tiempo lo da todo,
todo lo quita el tiempo.
Los cuerpos
se los lleva la tierra.
Preguntamos que si el azar lo quiso,
que si fue la amistad un paso del destino.
Amiga mía,
la amistad se encierra en las palabras,
en los gestos a veces, con más fuerza.
Como amigos, unamos nuestro tiempo.
Que dos tiempos andando, con la amistad al paso,
uno serán. Y eternamente nuestro.

«*Cosas de poca importancia*»

LEÓN FELIPE

COMO todas las mañanas
paso a paso veo el mundo
caminando cabizbajo
calle abajo,
dejando la calle arriba
para otro día.

Como todas las mañanas
veo el mundo caminando
calle arriba.
Calle abajo caminando
cabizbajo
y no ha pasado otro día.

Como todas las mañanas
y como todos los días,
el mundo va caminando
cuesta abajo y cuesta arriba.

Caminando va despacio
mundo arriba y mundo abajo.

TAN cerca del mar estoy
que ya no sé si soy mar
o si soy yo.
Tan lejos del mar estoy
que ya no soy ni la mar
ni la tierra, ni soy yo.

COMO el blanco. Como el negro.
Así voy con mis dolores,
como el tiempo.

Como el azul. Como el verde.
Así el amor en mi cuerpo
se adormece.

Como el añil. Como el rojo.
Así voy en los colores
de tus ojos.

Como el naranja vivo.
Como el amarillo claro.
Cuerpo que te pierdes,
cuerpo de mi amor soñado.

Como colores que viven.
Blanco, negro, anaranjado,
azul y verde, amarillo,
añil y rojo.

Violeta,
que se me olvidó contarle,
cuando pasas y lo dejas
en el aire sollozando.

A mi hermana María.

NAVEGANDO. Galopando.
Abriendo surcos al trote de las olas
en el trigo maduro.
Caballos blancos del amanecer
rompiendo la mañana,
alzando velas y derrotando al viento,
surcando el mar del trigo verde y nuevo,
del trigo verde y limpio,
del trigo limpio.
Llevado por el mar, del trigo al viento,
marinero de campos, alto como los montes,
domador de trigales.
Marinero de trigo dulce y verde,
azota la marea sobre el trigo.
Marinero de piedra.
Azota el viento sobre el trigo
marinero de viento.
Yugo sobre las eras sin caballos,
¡que no rompan el viento!
Sin corceles que azoten la tierra,
sin jinetes que monten caballos sobre el grano,
sin barcas que naveguen en el trigo.
¡Ay! sin velas al viento,

sin mar dorado y verde,
sin marinero.
Trigo sobre las eras sin caballos,
trigos sin marinero.

CABALLOS, sólo caballos del amanecer.
Cielo al trote. Relinchando
más caballos.
Lobos sobre la llanura.
Hombres y lobos sobre la llanura.

VIENTO sobre el viento mismo.
Caballos que son el viento
sobre caballos.
Sobre caballos y viento
descansa el alba.
Sobre el alba el sol y el cielo
y sobre el cielo..., caballos.
Caballos que son el viento
galopando.
Cimarrones galopando.
Interminables llanuras de caballos galopando.

EN la llanura, hombre sobre la montaña.
En la llanura, hombre solo.
Viento, arena, tierra y polvo.
Azul el mar. Hombre sobre la llanura.
Relinchos, caballos blancos
rompen el viento y azotan
arena y tierra, hombre sobre la montaña.
Perros de caza ladrando
contra el mar,
hipocampos de las olas.
Espuma y viento. Hombre solo sobre el mar.

CABALLOS sobre la tierra,
Blancos caballos trotando sobre la sangre.
Pastizales de caballos, olivos sobre la sangre.
Corceles sin monturas,
caballo libre en el viento.
Libre sobre el aire, viento
sobre el mar, libre en el viento
sobre la tierra, relincha,
caballo blanco del viento.
Caballo de paz trotando sobre la tierra y la sangre,
sobre la sangre y el tiempo.
Caballo blanco en el viento.

Í N D I C E

LAS AULAS

- 15 Las aulas
- 17 Aula de griego
- 19 Aula de música
- 21 Aula de biología
- 23 Las otras aulas
- 25 Aula cerrada
- 27 Digo donde quiero

MEDITACIONES

- 31 *Apenas un instante*
- 32 *No sé si un día, al abrir un libro*
- 34 *Levantarse puntual cada mañana.*
- 35 *Cara a cara, espejo frente a frente*
- 37 *No puedo abrir las manos*
- 38 *Estoy en paz conmigo y con los hombres.*
- 39 *En el principio estáis*
- 40 *Quiero hablar de los muertos*
- 42 *Lo que quisiera hacer sería morirme*
- 44 *Las inútiles bestias que poblaron*
- 47 *Avergonzado estoy viviendo el mundo*

«COSAS DE POCA IMPORTANCIA»

- 51 *Como todas las mañanas*
- 52 *Tan cerca del mar estoy*
- 53 *Como el blanco. Como el negro.*
- 54 *Navegando. Galopando.*
- 56 *Caballos, sólo caballos del amanecer.*
- 57 *Viento sobre el viento mismo.*
- 58 *En la llanura, hombre sobre la montaña.*
- 59 *Caballos sobre la tierra.*

Desde el silencio,
de Carlos Eduardo Pinto Trujillo,
cuya edición consta de
cuatrocientos cincuenta ejemplares numerados,
se terminó de imprimir en la
Tipografía Lezcano
el 22 de diciembre de 1967.

Ejemplar Núm.

360

Impreso para
CARLOS EDUARDO PINTO TRUJILLO

Cuidó la edición:
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

COLECCIÓN san borondón

Volúmenes publicados

POESÍA:

1. *Poesía canaria última (Antología)*, realizada por Lázaro Santana y Eugenio Padorno.
2. Manuel González Sosa: *Sonetos andariegos*.
3. Lázaro Santana: *La Puntilla. (Poema)*.
4. Arturo Mac-canti: *En el tiempo que falta de aquí al día*.
5. Pedro Perdomo Acedo: *Volver es resucitar*.
6. Carlos Eduardo Pinto Trujillo: *Desde el silencio*.

ENSAYO:

1. Felipe Baeza Betancort: *La amada más distante. Ensayo sobre La voz a ti debida de Pedro Salinas*.

Aún más que las aulas o tus compañeros de estudio te ha conmovido tu primer alucinante encuentro con la cultura.

Los que te hemos visto transcurriendo silencioso entre tus libros sabemos cuan poca jactancia, qué humilde sinceridad encierra tu declarado amor al conocimiento. En una poesía tan joven pudiera parecer afectación que la palabra libro figurase escrita tantas veces, y muy escasamente los términos amor o muerte, clásicamente adolescentes. Se han cerrado mis puertas, dices en el poema Aula cerrada.

Cuántas aulas nos faltan...

Aulas que no vivís más que en mis sueños...

Desde las torres que las verdades forman
miro a las gentes.

En soledad entre tus libros –casi en solipsismo– llegas a dudar de la existencia de otra cosa:

Me pregunto...
si hombres, mujeres, niños,
no son imágenes perdidas.

Sin embargo, querido Carlos, una ironía adulta y vertebrada acaba al fin por acercarte al mundo. Tal ocurre en el sorprendente poema que describe a Dios. Y en las postrimerías de tus Aulas, esbozas todo un programa de futuros cantos:

Quiero hablar de los muertos... –Comienzas. Y prometes no callarte nada:

Quiero hablar de la sangre,
del llanto y de los pueblos.
Quiero hablar de la paz,
del amor y del odio.
Hablar del mundo y para el mundo.

Ya como regresando de tu almena de sueños, no creo fortuito que el último poema de las Aulas sea un hermoso canto a la amistad y comience como una confesión:

Avergonzado estoy viviendo el mundo,
la soledad del mundo.

Tal sentimiento de retorno nos queda en la boca aún después de leer las canciones que cierran el libro. Cierre neopopular, en ocasiones rozando el surrealismo, que complementa esta bella entrega de tu primer silencio.

PEDRO LEZCANO